

El marxismo romántico de Mariátegui. Una lectura desde la periferia: la mirada de Michael Löwy¹

THE ROMANTIC MARXISM OF MARIÁTEGUI. A PERIPHERAL READING:
MICHAEL LÖWY'S PERSPECTIVE

Carlos Enrique Rivera Narváez

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú

<https://orcid.org/0009-0005-0174-1374>

crivenar@gmail.com

RESUMEN: Este artículo busca presentar la mirada del sociólogo y filósofo marxista Michael Löwy sobre la praxis revolucionaria del socialista José Carlos Mariátegui. Para esto, en un primer apartado se hará una exposición de los aspectos más importantes de la trayectoria intelectual y política de Michael Löwy, de acuerdo a ciertos procesos o acontecimientos sociales producidos en la segunda mitad del siglo XX. En otro apartado se hará una síntesis de lo que Löwy denomina el “periodo revolucionario” (1920-1930) del marxismo en América Latina, a partir de uno de sus ensayos sobre el tema. Seguido, pasaremos a exponer los aportes de quien Löwy considera el marxista más destacado del periodo: José Carlos Mariátegui. A continuación, explicaremos la tesis central que nos propone Löwy: el marxismo romántico de Mariátegui. Finalmente, sustentaremos algunas ideas de cierre en forma de conclusiones, donde resaltaremos la importancia del aporte que hace

¹ Quiero agradecer a mis compañeros de la EFP Praxis, en especial al compañero Bruno y la señora Ada por el apoyo, el afecto y la confianza.

Löwy sobre la praxis de este intelectual revolucionario.

PALABRAS CLAVE: marxismo romántico, América Latina, comunidad, socialismo indoamericano.

ABSTRACT: This article aims to present Marxist sociologist and philosopher Michael Löwy's perspective on the revolutionary praxis of socialist José Carlos Mariátegui. To achieve this, the first section provides an exposition of the most important aspects of Michael Löwy's intellectual and political trajectory, according to certain social processes or events that occurred during the second half of the 20th century. The following section presents a synthesis of what Löwy calls the "revolutionary period" (1920-1930) of Marxism in Latin America, based on one of his essays on the topic. The article then explores the contributions of José Carlos Mariátegui, whom Löwy considers the most prominent Marxist of the period. Here, Löwy's central thesis, the romantic Marxism of Mariátegui, is explained. Finally, the article concludes by highlighting the importance of Löwy's contribution to the praxis of this revolutionary intellectual.

KEYWORDS: Romantic Marxism, Latin America, Community, Indo-American Socialism.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

La acción y pensamiento político revolucionario de José Carlos Mariátegui, en todo caso su praxis política revolucionaria, son uno de los aportes más importantes al marxismo que se ha originado en sociedades periféricas del capitalismo global. Dicho aporte no solo permite entender la particular realidad de América Latina en función de la realidad internacional, sino también la posibilidad de su transformación por medio de la participación activa de diversos sujetos colectivos. En ese sentido, lo que nos proponemos realizar en este artículo es presentar los principales aportes de José Carlos Mariátegui, pero vistos desde la particular y poco conocida mirada del sociólogo y filósofo marxista Michael Löwy, tomando como referencia su sociología de los intelectuales revolucionarios. En todo caso,

nos interesa rescatar lo que Löwy denomina “el marxismo romántico de Mariátegui”, que es una de las tesis más innovadoras producidas sobre la praxis de este revolucionario latinoamericano.

Ahora bien, ninguna producción de una sociedad se puede comprender cabalmente si no se toma en cuenta mínimamente el contexto histórico-social en el que se desarrolla, entendiendo, de esta manera, las propias acciones particulares que los individuos desenvuelven para realizar la vida social. En ese marco es que empezaremos el artículo exponiendo los aspectos más importantes de la trayectoria intelectual y política de Michael Löwy, de acuerdo a ciertos procesos o acontecimientos sociales producidos durante la segunda mitad del siglo XX. A continuación, presentaremos una síntesis de lo que Löwy denomina el “periodo revolucionario (1920-1930)” del marxismo en América Latina, a partir de su ensayo pionero *El marxismo en América Latina* (1980), donde propone puntos de referencia para entender la historia del pensamiento de Marx en la región. Esta contextualización nos servirá para exponer los aportes de quien Löwy considera el intelectual marxista más destacado del periodo: José Carlos Mariátegui. Acto seguido, explicaremos la ya mencionada tesis central que nos propone Löwy: el marxismo romántico de Mariátegui, y, finalmente, sustentaremos algunas ideas de cierre en forma de conclusiones, donde resaltaremos la importancia del aporte que hace Löwy sobre la praxis de este intelectual revolucionario.

De igual manera, creemos que la importancia de hacer un artículo sobre la tesis del carácter romántico del marxismo de Mariátegui radica en que Michael Löwy, entre los diferentes marxistas enfocados en la praxis de este revolucionario, la argumenta de forma audaz y rigurosa como una totalidad concreta. Es decir, no solo aclara la unidad de la diversidad de relaciones de la formación social latinoamericana como parte del capitalismo global, por medio de un hilo conductor que relaciona lo particular y lo general, sino que también hace una contribución fundamental para los movimientos sociales y organizaciones políticas en sus procesos de construcción de medios y alternativas acordes con lo que se quiere o necesita transformar. En

todo caso, no solo se asume que otro mundo es posible, sino también que el socialismo sigue siendo una posibilidad para los pueblos.

MICHAEL LÖWY: UN MARXISTA ROMÁNTICO

Como ya señalamos, para comprender cualquier producción hay que tomar en cuenta, al menos mínimamente, el contexto histórico-social en el que un determinado individuo se desarrolla y acciona para realizar la vida social. En ese sentido, conviene conocer los aspectos más importantes de la trayectoria del intelectual marxista Michael Löwy, en función de los procesos o acontecimientos sociales que directa o indirectamente le toco experimentar.

Michael Löwy nació un 6 de mayo de 1938 en São Paulo, Brasil. Descendiente de una familia judía que llegó desde Viena en la década de 1930, se hace marxista entre los 14 y 15 años de edad leyendo a Rosa Luxemburgo, a quien descubrió por influencia del economista brasileño Paulo Singer (Gomes y Reis 166 y 168; Festi 222). En 1956, al ingresar a estudiar ciencias sociales en la Universidad de São Paulo, ya con una mínima base teórica marxista, será parte de una generación de estudiantes interesados por el marxismo y la militancia política. A pesar de contar con importantes catedráticos como Fernando Henrique Cardoso, Octavio Ianni y Florestan Fernandes, esta formación no será suficiente para dicha generación, por lo que recurren a espacios alternativos, como el grupo de estudios *Os capital*, asumiendo así una posición crítica al marxismo del Partido Comunista de Brasil –PCB– y al marxismo del Instituto Superior de Estudios Brasileños –ISEB– (Festi 221-222).

Como puede suponerse, aquel era un contexto histórico-social que se abre con el fin de la Segunda Guerra Mundial, el triunfo de la Revolución cubana, los procesos de liberación nacional –como el de Argelia– y la relativa apertura democrática en Brasil, con el gobierno de Juscelino Kubitschek, entre otros acontecimientos. Todo esto va a condicionar un cierto espíritu de esperanza de posibles transforma-

ciones sociales desde la izquierda y el socialismo. Löwy empezará su militancia política en la Liga Socialista Independiente –de posición luxemburguista–, ligándose directamente a la lucha de los obreros de los sindicatos metalúrgicos, de construcción, entre otros (Gomes y Reis 168; Festi 223). Luego, con otras corrientes influenciadas por la Revolución cubana, conformará la organización Política Obrera –POLOP–, que dará lugar a otras organizaciones que tendrán participación en los procesos de lucha armada contra la dictadura militar (Festi 222).

En 1960, Löwy parte a estudiar a Francia, donde consolida su interés intelectual por la obra de Georg Lukács, Lucien Goldmann y el surrealismo, haciendo un primer aporte fundamental con su tesis sobre el joven Marx, publicada luego con el título *La teoría de la revolución en el joven Marx*. No obstante, pronto se verá impedido de regresar a Brasil a causa del golpe militar de 1964 y el inicio de la dictadura. Para entonces, sus compañeros brasileños le hacen saber que, a pesar de su deseo de participar en la resistencia, corría mucho riesgo si decidía volver, por lo que permanece en Francia y se dedica a los comités internacionales de solidaridad con Brasil (Festi 225; Gomes y Reis 173-174). Luego, parte a Israel, pero en la Universidad de Tel Aviv experimentará la presión por sus ideas, por lo que pronto se traslada a Inglaterra, a enseñar en la Universidad de Manchester, y luego, en 1971, regresa a París, a la Universidad de Vincennes, como docente y asistente de Nicos Poulantzas, llevando muy bien sus diferencias intelectuales y políticas con este (Festi 226; Gomes y Reis 174). Es en este contexto que ingresa a la Liga Comunista Revolucionaria –LCR–, organización trotskista parte de la IV Internacional –conocida como “Secretariado Unificado”–, donde compartirá militancia con otros importantes intelectuales y dirigentes como Ernest Mandel y Daniel Bensaid. Löwy mantendrá esta militancia hasta el presente, ahora en la organización denominada “Nuevo Partido Anticapitalista” –NPA–, cuyos miembros ya no se declaran necesariamente trotskistas, sino simplemente marxistas revolucionarios.

Es durante esta temporada que va a desarrollar una intensa relación con América Latina, en especial tras viajar a México, alimentando su interés por los procesos populares emancipatorios de la región (Pericás 346). En particular, le llamará la atención el marxismo producido aquí, en el que resaltan los aportes de Ernesto “Che” Guevara, la teología de la liberación y la praxis revolucionaria de José Carlos Mariátegui (Rubbo 27). En este marco, publicará en 1972 en francés y en 1973 en español, y bajo el seudónimo de Carlos Rossi, *La revolución permanente en América Latina* –texto que dialoga con su posterior antología *El marxismo en América Latina* (1980)–, donde sustentará importantes tesis políticas sobre los distintos procesos revolucionarios de la región, en particular la Revolución cubana. Lo interesante es que Löwy encuentra una serie de coincidencias entre estos procesos y sus intelectuales militantes con las tesis políticas del trotskismo, siempre tomando en cuenta la particularidad de la formación social latinoamericana (*La revolución permanente* 53-65). Así mismo, también criticará y denunciará la praxis política de los partidos comunistas de la órbita soviética por su estrategia nacional-reformista como expresión de la teoría de la revolución por etapas. Esta estrategia incentivará una acción seguidista y de capitulación a la política burguesa, traicionando los intereses históricos de los movimientos sociales y, en particular, los del proletariado (Löwy, *La revolución permanente* 3-5, 84).

Esta relación con América Latina dará como resultado distintos e importantes aportes intelectuales, que tendrán como aspecto central el marxismo de Mariátegui, considerado como el núcleo del pensamiento crítico revolucionario de la región (Rubbo 27; Pericás 346). Aunque es cierto que Löwy no tendrá una copiosa producción sobre este marxismo –si la comparamos con la atención dada a los aportes de Benjamin o Lukács, por ejemplo (Rubbo 27)–, la tesis que plantea sobre su carácter romántico será fundamental. Así mismo, es importante resaltar que entre la praxis de Löwy y la praxis de Mariátegui existen ciertas coincidencias sustanciales que no se pueden dejar de lado, ya que permiten entender cabalmente ambas expresiones en

el sentido de ser parte de una misma corriente marxista romántica. En ese sentido, podemos apreciar que comparten la crítica y/o oposición al marxismo positivista y su expresión política reformista de tipo burocrática y autoritaria –que posteriormente se conocerá como “socialismo realmente existente”–, su temprano interés por el surrealismo, no solo como expresión artística, sino también como actitud revolucionaria; el punto de vista favorable por la oposición de izquierda bolchevique y, en particular, por León Trotsky –si bien con ciertos matices–; y, finalmente, la permanente militancia revolucionaria en organizaciones socialistas, asumida como una forma de vida.

Del mismo modo, tenemos que remarcar que la tesis del marxismo romántico se origina en un contexto de importante producción intelectual en América Latina, iniciado durante la década de 1970 y que se extenderá hasta finales de los ochenta. Será en función a los procesos de resistencia y emancipación que opondrán los pueblos a las dictaduras del gran capital que los diversos intelectuales revolucionarios comenzarán a producir e intercambiar ideas. De esta manera, un importante punto de llegada y nuevo punto de partida será el Coloquio Internacional “Mariátegui y la revolución latinoamericana”, realizado en la Universidad Autónoma de Sinaloa, en la ciudad de Culiacán, México, en abril de 1980. En este coloquio se darán cita los más importantes intelectuales mariateguistas –José Aricó, Carlos Franco, Antonio Melis, Diego Meseguer Illán, Robert Paris, Oscar Terán, Tomás G. Escajadillo, Alberto Flores Galindo y Aníbal Quijano, entre otros–, quienes, por medio de un profundo e intenso diálogo y debate, abrirán una nueva etapa para repensar el marxismo desde América Latina (Melis 6-7). De esta manera, se irá profundizando el reencuentro con la praxis revolucionaria de Mariátegui, donde la tesis del marxismo romántico propuesta por Löwy será uno de los aportes fundamentales. En todo caso, durante estas décadas lo central será asumir el desafío de pensar y actuar con creatividad, lo que no es más que simplemente realizar una praxis revolucionaria.

EL MARXISMO EN AMÉRICA LATINA: EL PERIODO REVOLUCIONARIO (1920-1930)

Las ideas o los diferentes sistemas de ideas, como es el caso del marxismo, no son solo producto de la dedicación de los intelectuales a pensar y repensar la realidad. Para entenderlas, es necesario partir de una lectura del proceso histórico-social en el que se enmarcan. De esta manera, debemos contar con que las sociedades se componen de diferentes sujetos colectivos que reproducen una serie de prácticas basadas, fundamentalmente, en la reproducción del capital sobre el trabajo, para así seguir acumulando capital. Esta dinámica tiene aparejadas diferentes relaciones de dominación y explotación históricamente estructuradas que originan una constante fricción, en ciertos momentos latente y en otros evidente, entre los que mantienen el control de la propiedad y los que no la tienen.

De acuerdo con lo mencionado, podemos obtener un entendimiento más acertado del proceso histórico-social que América Latina atravesó como formación social periférica particular e integrante del capitalismo global. En ese sentido, es fundamental partir del aporte que Michael Löwy realiza con su ensayo pionero *Historia del marxismo en América Latina: puntos de referencia* (2022). En este destaca que el marxismo en la región no puede ser entendido cabalmente si no se toma en cuenta la realidad histórico-social, de la cual, en buena medida, este es resultado y en la que, a su vez, ejerce influencia. La producción del conocimiento se realiza y la realizan los sujetos colectivos en función a las necesidades, tanto para dar soluciones o respuestas en un medio de conflictividad que se basa en distintos intereses sociales y las características particulares de las sociedades. De esta manera, podemos entender la producción de las ideas marxistas en cualquier realidad histórico-social (Löwy, *Historia* 9), o, en todo caso, el surgimiento de los diferentes marxismos.

El estudio del proceso histórico del marxismo en América Latina tendrá como punto fundamental, para Löwy, resolver la interrogante sobre la naturaleza o carácter de la revolución en la región, cuya

respuesta permite insumos para la acción política revolucionaria. Pero, en el ámbito teórico metodológico, encontrará el reto crucial de dos concepciones opuestas: el excepcionalismo indoamericano y el eurocentrismo. La primera tiende a absolutizar la particularidad que es América Latina, llegando incluso a rechazar el marxismo por tener su origen en Europa. La segunda, que ha perjudicado mucho al marxismo, trasplanta mecánicamente a la región los modelos socioeconómicos que explican el proceso de desarrollo europeo. Si bien ambas posturas se contraponen, coincidirán en que el socialismo no tendrá condiciones para concretarse en la América Latina de inicios del siglo XX. No obstante, la superación de ambas, afirmando la relación entre lo universal y lo particular, expresión de una aplicación creativa del marxismo, dará importantes conclusiones, entre las que destaca el carácter socialista de la revolución en América Latina (Löwy, *Historia* 21-24).

Así mismo, veremos que Löwy nos propone como las expresiones más importantes de lo que llama el “periodo revolucionario” (1920-1930) de la historia del marxismo los aportes de José Carlos Mariátegui y la insurrección de 1932 en El Salvador. El periodo estará enmarcado fundamentalmente por los procesos revolucionarios mexicano y ruso —especialmente la consolidación de este último—, una serie de cambios y definiciones en el movimiento comunista internacional y la aparición y desarrollo del fascismo como expresión de la contrarrevolución. A nivel regional, América Latina será un territorio convulsionado por movimientos obrero-anarquistas y movimientos de liberación anti-colonial, con participación de socialistas, indigenistas, regionalistas y nacionalistas, además de la organización obrera y popular en cada país y la importante influencia de la III Internacional (Guerra 24, 29-30). De esta manera, esta formación social mostrará su carácter diverso y la necesidad de un abordaje creativo desde el marxismo.

Löwy dirá que la década de 1920 será la del “comunismo original”. Su origen serán las migraciones europeas de finales del siglo XIX, que darán lugar a los primeros partidos obreros ligados a la II Internacional: el Partido Socialista Argentino (ala moderada), lide-

rado por Juan B. Justo, y el Partido de los Trabajadores Socialistas de Chile (ala revolucionaria), liderado por Luis Emilio Recabarren. En 1920, hará su aparición la corriente propiamente comunista, con perspectiva revolucionaria: por un lado, los partidos socialistas que cerraron filas con la Revolución bolchevique y, por otro lado, el paso de grupos anarquistas y anarcosindicalistas al marxismo. Ambas expresiones estarán orientadas por las primeras resoluciones de la III Internacional, principalmente con los documentos “Sobre la revolución en América: un llamado a la clase obrera de las Américas” (1921) y “A los obreros y campesinos de América del Sur” (1923). Dichos textos sustentarán que el trabajo político revolucionario se debe dar de forma simultánea entre la problemática agraria, antimperialista y anticapitalista. Así mismo, el trabajo tendrá carácter ininterrumpido y con capacidad de llevar al proletariado al poder, en el marco de una formación social de capitalismo subdesarrollado y dependiente (Löwy, *Historia* 28).

En contraposición al surgimiento de una corriente marxista de corte positivista y eurocéntrica, la mirada creativa que caracteriza al marxismo abordará ciertos temas de una manera original. Por un lado, la definición del tipo de formación social que es América Latina, proponiendo de manera inicial la existencia de una articulación entre la estructura productiva capitalista con las precapitalistas como proceso distinto al europeo —que va del medioevo al capitalismo industrial—, siendo el capitalismo y no la feudalidad la causa del subdesarrollo y la desigualdad. De este tema, la cuestión indígena resulta una característica particular del campesinado de América Latina —diferente al pequeño propietario europeo—. En las diferentes formas de producción precolombinas se encuentran relaciones sociales comunitarias, por lo que se propone rescatar sus tradiciones culturales y su potencial socialista. Finalmente, aparece la dependencia, en el sentido de ser imposible lograr un desarrollo capitalista autónomo, ya que el poder económico y político que caracteriza al gran capital internacional le permitirá controlar la periferia en desmedro de las burguesías locales —por aparecer tardíamente—, siendo la ruptura

con el capitalismo y encaminarse al socialismo la única manera de salir del subdesarrollo.

Ahora bien, Löwy señala que el periodo que estamos analizando halla su fin en la derrota de toda una generación de intelectuales y políticos revolucionarios –en gran medida juvenil–, de los que destacan: Julio Antonio Mella (Cuba), Luis Emilio Recabarren (Chile), Agustín Farabundo Martí (El Salvador), Luís Carlos Prestes (Brasil), Julio César Sandino (Nicaragua) y, por supuesto, José Carlos Mariátegui (Perú). Pero esta derrota no se puede explicar en lo fundamental como resultado del enfrentamiento con las clases y capas que detentaban el poder, sino en la forma en que se pensó la realidad: América Latina como equivalente o reflejo de otras realidades, en este caso, como si fuera Europa. Esto nos lleva a entender que se había forjado un tipo de marxismo de corte positivista y eurocéntrico, trasfondo intelectual de la III Internacional, que esta última iba imponiendo a los ya existentes o nacientes partidos comunistas del mundo (Guerra 31).

Esto hizo que muchos dirigentes importantes se enfrentaran a las direcciones de sus partidos, terminando proscritos, perseguidos, presos, torturados y hasta asesinados, como fue el caso del cubano Julio Antonio Mella. Es así que empieza el segundo periodo que Löwy denomina de “Hegemonía stalinista” (1930-1959), con dirigentes ligados al punto de vista intelectual y político de la III Internacional. La interpretación positivista del marxismo tendrá la hegemonía, por lo que, desde la teoría de la revolución por etapas, se definirá para América Latina la “nacional-democrática” como su etapa revolucionaria inmediata (Löwy, *Historia* 21 y 36).

LA PRAXIS SOCIALISTA DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

En función del marco histórico-social que nos propone Michael Löwy, podemos exponer ahora los aportes más importantes de José Carlos Mariátegui, considerado el marxista más importante de América Latina. Intelectual, periodista y militante revolucionario, Mariátegui

interpretó desde el marxismo la realidad peruana en el marco de la realidad latinoamericana y mundial, encontrando el hilo conductor de los problemas fundamentales del Perú y América Latina. Así mismo, propuso una herramienta y estrategia orientada a superar la explotación y la opresión sustentada en la relación capital-trabajo, planteando el socialismo como alternativa para los pueblos. Sus aportes serán fundamentales para entender no solo nuestra formación social, sino a nuestra izquierda, en particular la revolucionaria, a lo largo de nuestra historia como país, como región continental y también en nuestro presente.

Su formación como intelectual revolucionario

La formación teórica de Mariátegui se sustenta tanto en su experiencia nacional como internacional. En cuanto a la primera, su llamada “edad de piedra” se caracterizará por la influencia de Gabriele D’Annunzio y el esteticismo, el periodismo –que lo hará incursionar en la política local desde un liberalismo radical y socialista– y el atestiguar la lucha estudiantil por la Reforma Universitaria, la lucha obrera por las ocho horas y el abaratamiento de las subsistencias (Quijano 36-40). Estas condiciones permiten entender la respuesta que tendrá ante la influencia internacional, en particular la experiencia que tendrá en Italia, de la que ya se tenía una idea positiva por el contestatario liberalismo racionalista, anticlerical y laico que caracterizaba a la comunidad italiana en el Perú. A su vez, esta influencia será fundamental para los jóvenes intelectuales de la clase media de comienzos del siglo XX, cuyas expresiones destacadas serán tanto el intelectual Abraham Valdelomar y la revista *Colonida* (Paris 81-84).

En Italia, Mariátegui aprenderá un marxismo influenciado por filósofos neohegelianos y actualistas como Piero Gobetti, Giovanni Gentile y la filosofía de la historia de Benedetto Croce. El marxismo italiano estará marcado por el interés teórico político, filosófico y cultural, y un anticientificismo que le permitirá a Mariátegui iden-

tificar y polemizar con las tendencias marxistas de corte positivista que provienen y disputan dentro de la II y III Internacional y la URSS. En Italia, conocerá los acontecimientos más importantes del plano internacional desde la óptica de su intelectualidad, en un contexto social europeo de máximo desarrollo de la lucha de clases y producción teórica, especialmente con el movimiento obrero italiano y las tomas de fábricas de 1920 (Paris 89-90). Esta influencia incluso explica la forma que tendrá para abordar los problemas de la sociedad peruana y que se expresará en su libro *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), en particular en el ensayo “El problema del indio”, donde plantea que este problema no tiene un carácter estrictamente económico, sino también histórico, político, cultural y social (Paris 8 y 168).

Si bien Mariátegui conocerá los aportes de Marx, Lenin, Kautsky, Hilferding, Trotsky y Bujarin, también se acercará, a través de Bergson, a los aportes filosóficos de Georges Sorel: el mito social. El mito no será más que el fundamento de la fe y la acción revolucionaria de multitudes, una concepción heroica de la existencia para la acción revolucionaria, el antídoto del escepticismo intelectual y la concepción metafísica de la existencia. Mariátegui usará el mito para hacer frente al racionalismo y al positivismo, pensamientos responsables de orientar el socialismo al reformismo. Así mismo, el mito no debe verse solo en función a la relación teórica que tendría con el marxismo, sino en su eficacia para mover las mentes conformistas que sostienen el orden establecido, valorando la capa más honda de la tensión emocional del ser humano (Quijano 78).

De esta manera, veremos la magnitud de la ruptura y la innovación de la interpretación que Mariátegui tiene del marxismo y que se verá en sus libros *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* y otros textos. Para Mariátegui, el socialismo —y en particular el marxismo— no es específicamente europeo, aunque haya nacido en Europa. Al igual que el capitalismo, aquel es un fenómeno mundial que al pasar a la sociedad peruana debe demostrar su potencial creador interpretando

sus particularidades, las cuales no tienen explicación desde el socialismo estrechamente europeo. Es por esto que Mariátegui sentenciará que el socialismo en América no será ni calco ni copia, sino creación heroica (Mariátegui, “Aniversario” 248-249; Germaná 14 y 66).

La interpretación de la realidad peruana

Ahora bien, de acuerdo a la lectura particular que Mariátegui tiene del marxismo y la complejidad de la formación social peruana, es que podemos entender los resultados de sus investigaciones sobre esta última. En ese sentido, los aspectos económico, político y cultural se integrarán como una totalidad compleja muy particular en relación con su respectivo proceso histórico. El resultado será una sociedad con características propias y no deformada en función de la sociedad europea, aun si mantiene un estrecho vínculo con esta por ser parte de una misma realidad mundial. De esta manera, para Mariátegui no se hará necesario seguir las formas particulares que caracterizan al desarrollo europeo ni que la historia de las formaciones sociales peruana y europea sean las mismas (Quijano 83; Germaná 65).

En ese sentido, Mariátegui observa las relaciones entre capitalismo, semifeudalidad agraria y comunismo indígena, donde el capitalismo en su fase imperialista será el que reorganice las sociedades periféricas y se consolide en estas, internacionalizando la economía y negando la posibilidad de un capitalismo de libre concurrencia (Mariátegui, *7 ensayos* 28; “Aniversario” 248). Al derivar las ganancias a los países centrales, impedirá el desarrollo del mercado interno, originando la condición económica semicolonial (Mariátegui, “Principios” 159-160). La semifeudalidad agraria tendrá a la mayor parte del campesinado –en ese momento, la población mayoritaria de la sociedad– en relaciones serviles o semiserviles sustentadas en el latifundio, conviviendo en la serranía con la comunidad indígena y, en la agricultura costeña –con hegemonía del capital–, expresándose en la mentalidad del terrateniente (Mariátegui, *7 ensayos* 88-96).

La semifeudalidad mantendrá correspondencia con el imperialismo por medio de la explotación capitalista de los indígenas campesinos a través de las relaciones serviles o semiserviles (Mariátegui, "Punto de vista" 92-93), algo que a largo plazo tenderá al conflicto, como se verá con el proceso de reforma agraria de 1969. Por otro lado, el comunismo indígena, a pesar de los ataques de la colonia y en especial de la república, mantendrá el espíritu colectivista en sus tradiciones, valores de solidaridad y cooperación, lo cual le permitirá superar al latifundio en términos de productividad, demostrando así su potencial para convertirse en la célula del socialismo (Mariátegui, *7 ensayos* 84-88).

El carácter socialista de la revolución

Todos estos hallazgos permitirán a Mariátegui definir el carácter de la revolución peruana como socialista, pero incluyendo múltiples tipos de reivindicaciones: antimperialistas, agraristas, nacionalista-revolucionarias, etcétera (Mariátegui, "Punto de vista" 95; "Aniversario" 247-248). Esto se explica porque al capitalismo, al ser una totalidad mundial, se le debe oponer el socialismo si es que se pretende superarlo, lo cual no excluye necesariamente las particularidades de cada parte de la totalidad. En todo caso, se resuelven los problemas particulares de cada sociedad, como fue el caso de la condición servil y/o semiservil de la mayoría campesina indígena. La revolución socialista cumple las tareas democráticas que la sociedad burguesa es incapaz de realizar y las incluye como proceso inmerso en la transición socialista (Mariátegui, "Principios" 159-164).

Esto lleva a Mariátegui a pensar la praxis política revolucionaria en función de una herramienta que debe construirse de acuerdo a la realidad: el Partido Socialista del Perú. Para esta organización, serán fundamentales la base social obrera y campesina, la línea proletaria con el método marxista-leninista y la lucha contra el imperialismo, la burguesía nacional y los terratenientes (Mariátegui, "Principios" 160).

La influencia del congreso de la III Internacional será determinante en la construcción del partido, como proceso paciente de trabajo sindical y popular que promueva frentes únicos proletarios y alianzas con otros sectores populares, en el marco de una estrategia a largo plazo. La toma del poder involucrará la agitación de un programa, la solidez y arraigo popular del partido y el uso de la violencia formando milicias obreras y campesinas (Flores Galindo 75). Los puntos más importantes de su programa serán: la expropiación de los latifundios y entrega de tierras al campesinado, confiscación de las empresas extranjeras y nacionales, la liquidación de todo control imperialista, la jornada laboral de ocho horas, la abolición de la servidumbre y la esclavitud y la constitución de municipios obreros, campesinos y soldados (Flores Galindo 87).

Si bien no todo el pensamiento de Mariátegui es marxista, sí es cierto que, a pesar de ciertas ambigüedades conceptuales y una relativa insuficiente solidez teórica, pudo hacer los descubrimientos más importantes de la investigación marxista sobre América Latina, marcando los puntos de partida para el desarrollo de los procesos revolucionarios. En esto radica su importancia y no en las ambigüedades o la admiración particular a determinados personajes, que incluso fueron útiles para los descubrimientos mencionados, pues apoyaban una mentalidad osada y autónoma que impidió su sujeción a la ortodoxia burocrática del marxismo soviético post-Lenin. Mariátegui es un marxista no por la profundidad de su conocimiento del marxismo, sino por los descubrimientos que marcan la pauta para la revolución socialista en el Perú y toda América (Quijano 79).

EL MARXISMO ROMÁNTICO DE MARIÁTEGUI

Ahora que hemos señalado brevemente las ideas más importantes de José Carlos Mariátegui, presentaremos algunos de los aportes de Michael Löwy sobre el marxismo de este ilustre revolucionario latinoamericano. En lo fundamental, Löwy sustentará que la praxis

revolucionaria de Mariátegui es una totalidad concreta que tendrá como hilo conductor una condición romántica expresada en sus distintas dimensiones. Esto no solo hará de su producción marxista algo original y auténtico, sino algo acorde con las necesidades de la región (*Historia* 31) y, por lo tanto, algo funcional también para emprender procesos revolucionarios que permitan construir lo que Mariátegui llamaba el “socialismo indoamericano”.

Pensamiento original y creativo sobre la realidad

Como se ha mencionado, el marxismo en América Latina estuvo –y está– constantemente amenazado por las concepciones del excepcionalismo indoamericano y el eurocentrismo, entre lo regional y lo internacional. Ambas tendrán su expresión política tanto en la Alianza Popular Revolucionaria Americana –APRA– y la III Internacional, respectivamente. Mariátegui será acusado de eurocéntrico por los apristas y de “populista nacionalista” por los soviéticos, pero logrará superar esta contradicción encontrando la relación entre lo particular y lo universal. De esta manera, producirá una serie de ideas fuerza que se irán concretando en una alternativa socialista acorde con la sociedad peruana y latinoamericana. Ideas que serán el resultado de poner en diálogo lo más avanzado de la cultura europea y las tradiciones milenarias del campesinado indígena, en el sentido de asimilar la experiencia de este sujeto colectivo en la reflexión marxista (Löwy, *Historia* 33).

Esta asimilación será identificada por Löwy como la corriente “marxista romántica”, la misma que hará su aparición luego de la muerte de Marx y Engels, enfrentándose a la corriente eurocéntrica que se sustenta en el positivismo y el evolucionismo. El marxismo romántico criticará la idea del progreso en la historia desde una dialéctica utópico-revolucionaria, sustentada en la relación entre el pasado precapitalista y la construcción del socialismo en el presente. Si bien Mariátegui es parte de esta corriente, tendrá características

muy particulares y originales que se basan en la formación social peruana y latinoamericana, en todo caso, por pertenecer a un contexto histórico-social muy distinto al europeo (Löwy, “El marxismo romántico” 2).

En este marco es que Mariátegui sostendrá que la revolución en América Latina tendrá carácter socialista, incluyendo de forma simultánea otras reivindicaciones. Lo original en esto no será el descubrimiento del control que tienen los grandes capitales extranjeros sobre la economía y la política en cada país, sino cómo generan mayor acumulación de capital por medio de la articulación con las formas productivas feudales y comunitarias de la zona andina (Flores Galindo 29). Así mismo, si las burguesías locales no tuvieran oportunidad de desarrollar un capitalismo independiente al estar sujetas y/o aliadas a las burguesías imperialistas –por lo que el problema fundamental sería el capital–, la revolución de carácter democrático-burguesa y antifeudal sería inviable y, por lo tanto, errónea. En ese sentido, la revolución socialista estaría a la orden del día (Löwy, “Walter Benjamin” 18).

Con esto, Löwy dirá que Mariátegui no parte de una comprensión lineal del proceso histórico, pero sí de reconocer la relación desigual y combinada del desarrollo de los diferentes países de la región. Así como tampoco podía ignorar la contradicción que tenía con la III Internacional respecto a lo que esta sustentaba para China –aunque no solo para ese país–. En ese caso, Mariátegui recurrirá a la hipótesis sobre la “civilización nacional” para explicar la participación de la burguesía china en la lucha antimperialista, a diferencia de la burguesía en el Perú y América Latina (Löwy, *Historia* 34). De esta manera, Mariátegui tendrá un insumo importante para construir la estrategia de la revolución socialista, situación que se volverá a presentar en el tercer periodo de la historia del marxismo en la región. La Revolución cubana demostrará en ese periodo la viabilidad del carácter socialista de la revolución, donde una de las figuras políticas e intelectuales más destacadas será el comandante Ernesto “Che” Guevara (Löwy, *Historia* 68-69).

Religión, mística y mito revolucionarios

Mariátegui va a desarrollar una dimensión filosófica acorde o complementaria con el desarrollo creativo del marxismo romántico. Como hemos visto, su marxismo será influenciado por Bergson, el idealismo italiano (Croce y Gentile) y, especialmente, por Sorel. Con estos podrá oponerse y dar batalla al marxismo positivista y eurocéntrico. De esta manera, Löwy dirá que Mariátegui presenta similitudes con el joven Lukács y su afinidad por Fichte, o el joven Gramsci y su afinidad por Bergson (*Historia* 33). Además, la puesta en práctica de lo aprendido en estos debates, especialmente en Italia, hará que se exprese como parte de una corriente marxista que algunos denominan “heterodoxa”, “crítica” o “revolucionaria”, pero que para Löwy es “romántica”.

La mística será un término muy importante para Mariátegui y, en ese sentido, hay que tener en cuenta que, por su origen cristiano, le hará ciertas modificaciones que la volverán la dimensión espiritual y ética del socialismo. La fe y el compromiso total con la revolución tendrán razón de ser hasta el punto de la heroicidad: poner en riesgo la propia vida (Löwy, “Mística” 50-51; “Comunismo” 49). En todo caso, la fuerza de los revolucionarios no radicaría en su ciencia, sino en su fe, su voluntad, su pasión (Mariátegui, “El hombre” 27). De igual manera, para Mariátegui, el término “religión”, más que en designar una institución religiosa, tendrá que ver con una amplitud expresada en la necesidad de infinito, en la necesidad de un mito heroico que brinde sentido a la vida (Mariátegui, *7 ensayos* 263-264). En ese sentido, Löwy entiende que la religión será una concepción superior en el sentido de ser ético-política y espiritual, pues el deseo de Mariátegui no es convertir el socialismo en una Iglesia, sino resaltar la dimensión espiritual, mística y ética de la lucha revolucionaria (“Mística” 57; “Comunismo” 63).

Ambas definiciones intentarán superar dialécticamente la oposición entre materialismo e idealismo y entre fe y ateísmo, con lo que se percibe el cambio de los motivos religiosos divinos por los motivos

sociales terrenales (Mariátegui, “El hombre” 27). Si bien algunos marxistas, como Engels, Kautsky y Luxemburgo, verán al cristianismo primitivo como precursor del socialismo, Mariátegui irá más allá, colocando a Marx y a Cristo al mismo nivel. Ambos serán personajes que luchan, hombres que combaten, seres humanos con almas que agonizan dándolo todo por lograr sus objetivos. Mariátegui entiende, tomando a Unamuno, que el ser humano que vive combatiendo es el que vive en agonía; y, en todo caso, que la agonía no es muerte, sino lucha (Löwy, “Mística” 54; “Comunismo” 53-54).

Finalmente, Mariátegui tomará de Sorel la idea del mito, que no será más que la respuesta a la crisis que atraviesa la civilización occidental luego de la I Guerra Mundial. Se hace necesario tener una fe, una esperanza, un mito con el que la humanidad pueda nuevamente movilizarse a enfrentar riesgos, a vivir peligrosamente (Mariátegui, “Dos concepciones” 21-22). Una situación similar se vivió en la sociedad peruana a inicios del siglo XX, originada no solo por la derrota en la Guerra del Pacífico, en 1879, sino por la inestabilidad política y social que se arrastraba desde inicios de la república. El resultado serán el pesimismo y la resignación, algo que, no obstante, comienza a superarse entre 1912-1916, debido a que tanto los levantamientos urbanos como los del sur andino harán posible la aparición de un mito (Flores Galindo 39-41). De esta manera, son los mitos los que permiten entender los procesos históricos, en tanto son ellos quienes incentivan la movilización de los pueblos. Los mitos son las creencias que permiten hacer la historia. Mariátegui dirá que la burguesía ya no tiene mito y que por esto asume actitudes escépticas y nihilistas. En cambio, el proletariado sí tiene un mito: la revolución social, el que será reforzado con la victoria de la Revolución bolchevique de 1917 (Mariátegui, “El hombre” 27).

Löwy sostendrá que Mariátegui se aproxima a Sorel porque la actitud crítica a las ilusiones del progreso y su interpretación heroica y voluntarista del mito, siempre por medio de la movilización de los pueblos, le servirán para enfrentar al marxismo positivista eurocéntrico (“El marxismo romántico de José Carlos Mariátegui” 3). Así

mismo, el mito revolucionario no será una utopía –en el sentido de ser una sociedad ideal e irrealizable pensaba solo por los intelectuales, desde fuera de la praxis popular–. Por el contrario, el mito será un proyecto revolucionario enraizado en la historia y que cumple una función práctica: son los pueblos los que van construyendo el mito, en la medida en que van haciendo su propia historia y en cuanto este orienta su praxis cotidiana (Germaná 237-238).

El carácter romántico del marxismo

Ahora, habiendo desarrollado a lo largo del texto las ideas fundamentales de la praxis de José Carlos Mariátegui, podemos entender la tesis más importante que sustenta Michael Löwy: el núcleo romántico de su marxismo. Esta condición, que compartirá con otros marxistas de su tiempo –Gramsci, Lukács, Benjamin y Bloch, entre otros–, será para Löwy la demostración de que el romanticismo y el marxismo no son incompatibles (Löwy, “El marxismo romántico de José Mariátegui” 2; “El marxismo romántico” 13). El romanticismo, entonces, no será solo un estilo literario, sino una actitud que va a expresarse en muchas dimensiones de la vida social: artes, literatura, religión, política, historia y filosofía, entre otras. Dicha actitud se caracterizará por una crítica radical a la sociedad burguesa –su racionalidad burocrática, la cosificación del mercado, el “desencantamiento del mundo”– sobre la base de valores sociales, culturales, estéticos, religiosos y éticos de la sociedad precapitalista. En todo caso, el objetivo será “reencantar el mundo” (Löwy, “Mística” 50; “Comunismo” 47-48).

Ahora bien, el romanticismo no será homogéneo. Löwy nos dirá que este contiene una corriente conservadora, que busca restaurar los privilegios del antiguo régimen –un claro ejemplo de ello será el fascismo–, y otra corriente revolucionaria que, sin negar las conquistas de la Revolución francesa, tomará el pasado comunitario de los pueblos para proyectarse al futuro utópico –un claro ejemplo aquí es el comunismo– (Löwy, “El marxismo romántico” 14). Entonces,

queda claro por qué Mariátegui asume posiciones filosóficas de tipo romántico vitalista –Sorel, Bergson, Nietzsche, Unamuno–, que sustentan el mito, la mística, la religiosidad y la fe: pues las considera fundamentales para el marxismo y la revolución socialista.

De igual manera, para Mariátegui, el surrealismo será la expresión más radical de la corriente revolucionaria del romanticismo, ya que no lo considera un simple fenómeno literario ni una moda artística, sino un complejo fenómeno espiritual de protesta contra la sociedad capitalista. El surrealismo será un nuevo romanticismo que, en el plano político, coincidirá con el comunismo (Löwy, “José Carlos” 169-170; “El marxismo romántico de José Carlos Mariátegui” 3). Su importancia será histórica, cultural y política, porque su inspiración romántica rechazará el esteticismo y asumirá el marxismo, adhiriéndose al programa de la revolución socialista. Para Löwy, Mariátegui no solo tendrá interés en el surrealismo por cuestiones políticas, sino por su importante visión romántica del mundo, que permite pensar con proyección revolucionaria (Löwy, “José Carlos” 172).

Para Löwy, el romanticismo será parte del pensamiento de Marx y Engels, ya que expresa el interés de restablecer ciertas estructuras de las comunidades primitivas, como se ve con las investigaciones de Bachofen sobre las sociedades matriarcales o el caso de la comunidad rural rusa (Löwy, “Walter Benjamin” 16; “El marxismo romántico” 15). Este interés pasaría a ser una importante condición, que haría que la transformación de la realidad no dependa del desarrollo del capitalismo, cuestionando así la visión unilineal eurocéntrica sobre la historia. En ese sentido, una revolución socialista sería posible en una sociedad “atrasada” como la rusa. La discusión podría resumirse en resolver si la comuna rural puede o no servir de condición fundamental para el desarrollo del socialismo –incluso en cualquier sociedad agraria–. De esta manera, no habría necesidad del desarrollo del capitalismo como etapa previa, pero sí la de tener claridad sobre cuáles serían las condiciones para la viabilidad de una revolución socialista (Löwy, “El marxismo romántico de José Carlos Mariátegui” 2).

En ese sentido, en Mariátegui existe una variación importante del pensamiento de Marx y Engels con respecto al desarrollo de las sociedades, ya que no existiría una sola dirección en el desarrollo, con lo que se marca distancia del marxismo de corte positivista eurocéntrico. Posteriormente, Mariátegui expresará este tipo de tesis principalmente en los ensayos “El problema del indio” y “El problema de la tierra” –entre otros–, demostrando un correcto análisis de la realidad concreta y la creatividad que deben caracterizar a todo marxista. Para Mariátegui, la revolución socialista tendrá como uno de sus basamentos el aporte de la tradición comunitaria indígena andina (Löwy, “El marxismo romántico de José Carlos Mariátegui” 2; “El marxismo romántico” 19-20).

Finalmente, Löwy hace un paralelo interesante entre Mariátegui y Walter Benjamin, destacando importantes coincidencias que los hacen parte a ambos del marxismo romántico. Una de las primeras posturas en las que concuerdan será la crítica a la idea positivista del progreso en la historia que asume la sociedad burguesa, concebida como un proceso necesario o inevitable que logra, supuestamente, mejoras para la humanidad. En realidad, este proceso históricamente someterá a muchos pueblos al sacrificio, invisibilizando así los valores éticos que la praxis humana suele tener como referencia. Para Löwy, tanto Benjamin como Mariátegui tendrán en esta posición la influencia de Nietzsche con su crítica a los historicistas. Si bien estos últimos se inclinarán por el proceso histórico, Nietzsche se les opondrá en nombre de la vida y del ser heroico, lo cual Benjamin traducirá como estar del lado de los vencidos por el progreso (Löwy, “Walter Benjamin” 15).

En ese sentido, Mariátegui coincidirá con Benjamin en hacer la historia desde las víctimas del progreso, desde los pueblos que fueron vencidos (*ibid.*), realizando una narrativa que rescate la memoria y refuerce las identidades subalternas, dando continuidad a los diferentes procesos emancipatorios populares. En todo caso, Löwy sustenta que la protesta romántica remite siempre a un pasado real o idealizado que, para Benjamin, no será más que el comunismo primitivo como

sociedad sin clases, sin Estado y sin patriarcado –al igual que para Marx y Engels, con la antropología romántica de Maurer, Morgan y Bachofen–. Para Mariátegui, ante la oligarquía y su interés de regresar al pasado colonial, la idea será recurrir a una tradición mucho más antigua y profunda: la indígena comunitaria, que será la que agiten los revolucionarios –y no los tradicionalistas– para enfrentarse al colonialismo (Löwy, “Walter Benjamin” 15-16).

Sin embargo, aquí sí se expresarán algunas diferencias entre Mariátegui y Benjamin. Este último se enfocará solo en la historia europea, lo cual lo acercará a posiciones eurocéntricas –con excepción del texto sobre Bartolomé de las Casas y su defensa de los indígenas mexicanos–. Además, solo tomará al comunismo primitivo como una referencia del pasado para la memoria y construcción de la identidad, a diferencia de Mariátegui, que verá la comunidad indígena andina como un sujeto vivo y, por eso, como parte de la revolución socialista (Löwy, “Walter Benjamin” 16 y 18).

Mariátegui será crítico de los intentos de regresar al pasado indígena incaico, sosteniendo que esa etapa de la historia responde a condiciones ya superadas, lo cual no niega que la herencia colectivista sea un aporte importante que, junto a lo más avanzado que ha dado la humanidad –el comunismo y el proletariado como su sujeto colectivo–, puedan construir el socialismo (Mariátegui, *7 ensayos* 78-80). Además, Löwy será enfático en la marcada posición crítica al eurocentrismo que tiene Mariátegui, al rescatar el punto de vista de los indígenas como pueblo vencido por el progreso, el rechazo a la visión colonial europea de la historia y la propuesta de la comunidad indígena como referencia para la construcción del socialismo indoamericano (Löwy, “Walter Benjamin” 17).

ALGUNAS IDEAS DE CIERRE

Michael Löwy presenta la praxis revolucionaria de José Carlos Mariátegui como una totalidad concreta que va desarrollándose en

función de la realidad nacional e internacional, enfocándose en dos sujetos colectivos: el movimiento obrero y las comunidades indígenas campesinas. De esta manera, rompe con ciertas formas en las que se ha presentado y se sigue presentando a Mariátegui, enfocándose en sus dimensiones por separado e invisibilizando su carácter integral y revolucionario. Löwy, en cambio, encuentra el hilo conductor del marxismo de Mariátegui en la condición romántica, la cual se expresará en sus análisis filosóficos, artísticos, sociales, políticos y económicos, localizando coincidencias con otros importantes marxistas románticos. En el caso de América Latina, será con la praxis revolucionaria del comandante Ernesto “Che” Guevara con la que Mariátegui tendrá interesantes coincidencias, haciéndolos parte de una misma corriente que Löwy denomina marxismo romántico.

Por otra parte, al plantear el romanticismo no solo como una escuela literaria, sino como una actitud crítica y rebelde sobre la sociedad burguesa y su ideal de progreso, Löwy valora la subjetividad y la acción de los sujetos expresadas en la voluntad, sus valores, la espiritualidad y la cultura. A esto agrega la importancia de la historia, en el sentido de tomar como referencia al pasado en relación al presente para construir el futuro, en términos de Benjamin, desde el punto de visto de los vencidos. Löwy dirá que las condiciones más importantes para una transformación o una revolución no son las leyes y estructuras que descubre la ciencia, sino la propia praxis de los sujetos colectivos (“Comunismo” 65). Por lo tanto, las transformaciones no serán más que procesos de praxis colectiva, donde los sujetos van construyendo creativamente su nueva realidad mediante el diálogo, el aprendizaje y la decisión colectiva.

Asimismo, Löwy explica a Mariátegui como un revolucionario que construye su propuesta socialista desde la periferia del capitalismo global, tomando críticamente lo más avanzado del pensamiento occidental para entender lo que sucede en la formación social peruana y latinoamericana. Entiende la complejidad de relaciones sociales de opresión y explotación, pero también de resistencia y liberación, como articulación compleja que realiza el capitalismo sobre los diferentes

modos de producir la vida social en América Latina. Mariátegui logra aportes para el pensamiento revolucionario, pero estos deben su importancia a que interpretan una formación social periférica donde se produce uno de los más complejos y profundos procesos de opresión y explotación que ejerce el capital, en todo caso, desde uno de los “eslabones débiles” de la cadena imperialista internacional.

Si bien el marxismo ha tenido desarrollos diversos en función de las diferentes formaciones sociales, Löwy señala que la praxis revolucionaria de Mariátegui resuelve desde la periferia la relación entre lo universal y lo particular (“El marxismo romántico de José Carlos Mariátegui” 5). Esta se expresa concretamente entre el aporte local –las comunidades indígenas andinas– y el aporte internacional –el comunismo moderno–, como también en el problema de la construcción del Estado nación y su relación con la opresión de los países imperialistas. Löwy dirá que Mariátegui, al proponer como estratégico el papel de las comunidades indígenas andinas, concordará con el Marx que desde 1860 deja atrás la influencia eurocéntrica gracias al viraje en sus investigaciones sobre el capitalismo (“El marxismo romántico” 14-15; “Walter Benjamin” 19). Para Marx, lo crucial de las sociedades periféricas serán el problema nacional y el colonialismo –donde el campesinado y la sociedad rural serán fundamentales–, haciendo evidente la superación de la idea del progreso destructor en su pensamiento.

Finalmente, podemos decir que la investigación que hace Michael Löwy sobre la praxis socialista de José Carlos Mariátegui, así como la caracterización romántica de su marxismo, nos dejan entender que la historia se desarrolla en múltiples vías. Si bien la lucha de clases es lo que dinamiza las sociedades, el sujeto revolucionario de la periferia del capitalismo no puede ser solo el proletariado. El capitalismo no puede sostenerse solo por los pueblos de las sociedades del centro, por lo que recurrirá a la periferia, donde la resistencia y liberación no solo van en contra de la explotación y la opresión en función de la relación capital-trabajo, sino hacia la liberación nacional o la lucha anticolonial. Esto hace que, para el presente, aparezcan una diversidad de sujetos

colectivos en resistencia al capital, haciendo necesario la renovación de las ideas para la acción y estar en la acción para renovar las ideas, entendidos ambos como procesos creativos desde lo subalterno. En ese sentido, Löwy nos dirá, en el prólogo a la edición peruana de su *Historia del marxismo en América Latina*:

El futuro marxismo en América Latina tendrá la tarea de integrar en el horizonte socialista revolucionario las aspiraciones de los trabajadores del campo y de la ciudad, así como la de las mujeres, de los indígenas y de los negros. Será –es mi esperanza– un ecomarxismo, en ruptura con la colonialidad del poder y con la lógica ecocida y suicida de la civilización capitalista moderna. Un marxismo libertario, democrático y abierto, buscando su inspiración, como ya lo planteaba José Carlos Mariátegui, en las tradiciones ancestrales de las comunidades indígenas del continente (7).

REFERENCIAS

- FESTI, RICARDO. “Um jovem marxista nos primórdios da sociologia do trabalho: entrevista com Michel Löwy”. *Caderno CRH*, Vol. 1, N°83, 2018, pp. 221-227.
- FLORES GALINDO, ALBERTO. *La agonía de Mariátegui*. Lima, DESCO, 1980.
- GERMANDÁ, CÉSAR. *El “socialismo indoamericano” de José Carlos Mariátegui*. Lima, Empresa editora Amauta, 1995.
- GOMES, ANGELA Y DANIEL REIS. “Um intelectual marxista: entrevista com Michael Löwy”. *Tempo*, vol. 1, N°2, 1996, pp. 166-183.
- GUERRA, MARTÍN. “Prólogo. La política revolucionaria de José Carlos Mariátegui y su contribución a la crítica socialista”. En *La escena contemporánea y otros escritos. Tomo I*, Lima, Juan Gutemberg Editores Impresores, 2009, pp. 17-81.

- LÖWY, MICHAEL. *Historia del marxismo en América Latina*. Lima, EFP Praxis y Combatiente, 2022.
- _____. “Walter Benjamin y José Carlos Mariátegui: dos marxistas disidentes contra la ideología del ‘progreso’”. *Utopía y praxis latinoamericana*, vol. 25, N°89, 2020, pp. 13-20.
- _____. “Comunismo y religión: la mística revolucionaria de José Carlos Mariátegui”. En Néstor Kohan, Michael Löwy y Gustavo Pérez Barcelona, *Mariátegui y la revolución en América Latina*, Arteidea Grupo Editorial, Gato Viejo Ediciones y Editorial Yulca, 2014, pp. 47-71.
- _____. “José Carlos Mariátegui y la cultura revolucionaria del romanticismo al surrealismo”. En Sara Beatriz Guardia (ed.), *Mariátegui en el siglo XXI. Textos críticos*, Lima, Librería Editorial Minerva, 2012, pp. 167-172.
- _____. “El marxismo romántico de José Carlos Mariátegui”. *7 ensayos, 80 años*, año 1, N°2, 2008, pp. 1-5.
- _____. “Mística revolucionaria: José Carlos Mariátegui y la religión”. *Utopía y praxis latinoamericana*, vol. 10, N°28, enero-marzo, 2005, pp. 49-59.
- _____. “El marxismo romántico de Mariátegui”. *Márgenes. Encuentro y debate*, año 1, N°2, octubre de 1987, pp. 13-22.
- _____. *La revolución permanente en América Latina*. Lima, Ediciones Combate Internacional, 1973.
- MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS. “Dos concepciones de la vida”. *El alma matinal y otras estaciones del hombre hoy*, Lima, Empresa editora Amauta, 1987, pp. 17-22.
- _____. “El hombre y el mito”. En José Carlos Mariátegui, *El alma matinal y otras estaciones del hombre hoy*, Lima, Empresa editora Amauta, 1987, pp. 23-28.
- _____. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Empresa editora Amauta, 1980.

- _____. “Aniversario y balance”. *Ideología y política*, Lima, Empresa editora Amauta, 1979, pp. 246-250.
- _____. “Principios programáticos del Partido Socialista”. *Ideología y política*, Lima, Empresa editora Amauta, 1979, pp. 159-164.
- _____. “Punto de vista antimperialista”. *Ideología y política*, Lima, Empresa editora Amauta, 1979, pp. 87-95.
- MELIS, ANTONIO. “Prólogo”. *Leyendo a Mariátegui 1967-1998*, Lima, Empresa editora Amauta, 1999, pp. 5-8.
- PARIS, ROBERT. *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*. Ciudad de México, Ediciones Pasado y Presente, 1981.
- PERICÁS, LUIZ. “José Carlos Mariátegui e o Brasil”. *Estudos avançados*, vol. 24, N°68, 2010, pp. 335-361.
- QUIJANO, ANÍBAL. *Reencuentro y debate. Una introducción a Mariátegui*. Lima, Mosca azul editores, 1981.
- RUBBO, DENI. “Marxismo, política y religión de ‘un marxista convicto y confeso?’: Michael Löwy lector de José Carlos Mariátegui”. *Herramienta*, N°51, 2012, pp. 25-40.